

DIANA F. DÉVORA

MONSTRUOS ENCUBIERTOS



 NOCTURNA
EDICIONES

© de la obra: Diana F. Dévora, 2021
© de las ilustraciones: Diana F. Dévora, 2021
© de los marcos: Alejandra Hg, 2021
© de las guardas y fondos: Djem/Shutterstock.com
ranjith ravindran/Shutterstock.com

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: abril de 2021

Preimpresión: Elena Sanz Matilla
Impreso en España / *Printed in Spain*
Técnica Digital Press

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-17834-98-2
Depósito Legal: M-6093-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para mi abuelo Luis,
del cual aprendí que nunca hay que perder el humor.*

AGRADECIMIENTOS

A Aurora por todo su apoyo y su infinita paciencia, y por ser mi *alfa reader* con mayúsculas.

A Yohana, Nuria, Sara, Valentina, Paloma, Nadia, Didi y David, porque sus observaciones me han ayudado a mejorar la historia.

A mis queridos lectores: Alex, Ita, Irene Roga, Mado, Fidjie y muchos más, cuyos comentarios han sido mi combustible en este viaje.

¡GRACIAS!

ADRAX



SUMMER



FILE: SU-00005

GENDER: FEMALE
HEIGHT: 1.75
AGE: 19
EYES: ORANGE/RED
HAIR: BLACK
TRACK: ACTIVE
LOCATION: ADRAX



YADE



AIDAN



WILL



AKIRA



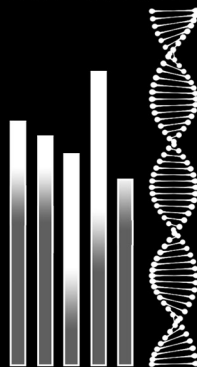
ZOE



RAYO NEGRO



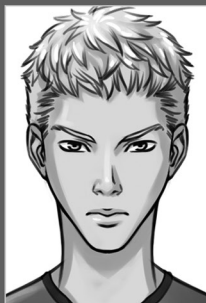
FILE: RN-00006



GENDER: MALE
HEIGHT: 2.02
AGE: 23
EYES: BLUE
HAIR: WHITE
TRACK: ACTIVE
LOCATION: ADRAX



NEON



IRINA



CONOR





00 PRÓLOGO


En aquel pequeño cuarto no hacía calor y, a pesar de ello, el sudor se deslizaba por su nuca. El miedo era el causante, miedo ante una situación que no comprendía y a la que no encontraba explicación posible.

Aquel lugar también olía a sangre. La misma que surcaba su rostro amoratado, la que atoraba sus fosas nasales dificultándole la respiración e impregnaba su boca, haciendo que a cada bocanada, a cada intento de musitar palabra, saboreara su regusto férreo.

Irina se echó a temblar, y de nuevo la temperatura no tuvo nada que ver con ello, sino el temor y la confusión ante los actos de su torturador. Este tenía la misma cara que aquel al que ella consideraba un compañero, un amigo... Y, en cambio, se comportaba como un auténtico desconocido.

Cuando vio aquella pistola apuntando directamente a su frente, no pudo más y se derrumbó. Lágrimas de desesperación escaparon de sus ojos, no pudo retenerlas más.

—Por favor... —suplicó—. Por favor, Neon, no lo hagas. Pero la única respuesta que obtuvo de él fue una mirada vacía de pupilas dilatadas, como dos oscuras islas en el centro



de sus fríos iris azules. Cuando apretó el gatillo, un fuerte chasquido retumbó en las paredes del cuarto. La punzada de terror sacudió a Irina de tal modo que hizo traquetear la silla en la que se hallaba atada.

Comprendió que, si seguía viva, era gracias a que el arma estaba descargada, pero aquello no le proporcionó alivio ninguno. Tampoco suavizó el horror de descubrir que su propio compañero estaba dispuesto a asesinarla.



01 EL CLIENTE

—Joder, encima hay atasco —protestó Summer, contemplando el desalentador panorama que acontecía al otro lado del parabrisas. Filas de vehículos que apenas se movían bloqueaban los tres carriles de la calzada en la que se encontraban—. En serio, Aidan, no entiendo qué pintamos nosotros en esa reunión.

—¿Otra vez, Summer? Son exigencias del cliente. Si quiere reunirse con todo el grupo antes de cerrar el trato, se le da el capricho. —Su jefe, sentado a su lado en los asientos delanteros de la furgoneta, la miró al preguntarle—: ¿Por qué te cuesta tanto comprenderlo?

—¿Y no podías enseñarle una foto? —Ella resopló aburrida.

—Será que quiere comprobar el género en persona antes de comprarlo —bromeó Akira desde la parte trasera, donde viajaba junto a Zoe y Yade. Habían quitado las pantallas y ordenadores del equipo de vigilancia, ya que no lo iban a necesitar aquella tarde. En su lugar, habían colocado una segunda fila de asientos.

En ese momento, Aidan se giró hacia él, pero retuvo lo que fuera que iba a decirle y volvió de nuevo la vista al frente con una media sonrisa que a Summer no le pasó desapercibida.

—Uy, uy... ¿A qué viene esa sonrisilla? —le preguntó la joven con gesto receloso.

—A nada, me ha hecho gracia el comentario.

—¿Ese chiste malo...? Y una mierda —descartó ella, y frunció aún más el ceño—. ¿Qué estás tramando?

Pero su jefe la ignoró para dirigirse a Will, que llevaba el volante.

—Will, gira por aquí. Ya casi estamos —le indicó, aprovechando que habían avanzado lo suficiente para llegar a un cruce y escapar de aquel atasco.

En ese punto, Akira se contagió de la desconfianza de Summer.

—Oye, Aidan, no irás a jugarlosla otra vez, ¿no?

—A ver, os he dicho que íbamos a una reunión con un cliente y eso haremos —insistió este.

—¿Y ese cliente sólo nos ha contratado a nosotros? —preguntó Akira.

—Nos quiere contratar sólo a nosotros, así es.

El mercenario abrió la boca con intención de seguir insistiendo, pero Zoe le interrumpió:

—Ah, déjalo, Akira. Si nos vamos a acabar enterando tarde o temprano.

—Más bien tarde... —murmuró Summer.

Yade, que había permanecido callado y expectante todo el tiempo, se limitó a encogerse de hombros cuando su compañero le miró interrogante.

En ese momento, la furgoneta se detuvo frente al garaje de un pequeño almacén cuyas ventanas, cubiertas de pintura blanca, no dejaban ver el interior. No había ningún rótulo que indicara la actividad a la que estaba dedicado. De hecho, parecía en desuso. Esta impresión fue confirmada por los carteles que cubrían la fachada, en los que se podía leer: «SE ALQUILA».

Aidan marcó un número en el móvil, dejó que el timbre de llamada sonara un par de veces y luego colgó. A los pocos segundos, la puerta del garaje se abrió permitiéndoles entrar. Will aparcó junto al único vehículo que había allí: un todoterreno de color negro que el grupo reconoció al instante.

—No me jodas... —dijo Akira entre dientes—. Otra vez, no.

—Vamos, chicos, salgamos. —Aidan les instó a todos, pero en especial a Summer, pues era la que quedaba entre él y la puerta del copiloto.

La joven bajó de la furgoneta, no sin antes dirigirle una afilada mirada.

—Justo cuando creía que no podías ser más cabronazo...

Yade abrió la puerta corredera y salió también, seguido de Zoe. Mientras Aidan y Will se reunían con ellos, la única puerta interior que había en aquel garaje se abrió para dar paso a alguien que conocían muy bien: Rayo Negro.

Zoe avisó a Akira con una palmadita en el hombro, ya que este seguía en el interior del vehículo dando pequeños golpes con la frente al reposacabezas del asiento delantero. El mercenario, al ver que todos sus compañeros ya estaban fuera, y con el maldito Rayo Negro delante de sus narices, no tuvo más remedio que mantener la compostura y reservar las ganas de matar a Aidan para más tarde.

—Bienvenidos —les recibió el joven de pelo blanco. Hizo ademán de acercarse a ellos, pero Summer le hizo un alto con la mano.

—Quieto ahí, gilipollas.

—Por favor, haya paz... —intercedió Aidan. Como Rayo se había quedado paralizado, se acercó él mismo para estrecharle la mano que este, tímidamente, le tendía.

—Por aquí —les indicó el joven, y se volvió de nuevo hacia la puerta por la que había venido.

Mientras contemplaban cómo Aidan seguía a Rayo Negro hacia el interior de la estancia contigua, todos se preguntaron lo mismo, pero sólo Zoe se animó a verbalizarlo:

—¿De qué va esto?

—Ni idea, pero yo quiero enterarme —dijo Will, y tanto él como Yade siguieron los pasos de su jefe.

Sólo los tres compañeros de batalla permanecieron en el garaje, fijos como estatuas, salvo para intercambiar miradas de recelo e indignación entre ellos.

—¡Es para hoy! —les gritó Aidan desde la otra habitación.

—Ah, qué coño... —Summer suspiró hastiada. Comprendiendo que no iban a llegar a ningún lado quedándose allí, y en parte también víctima de la curiosidad, se puso en marcha.

Al caer Summer, Zoe fue detrás. Y, como solía pasar, a Akira no le quedó otro remedio que dejarse arrastrar por la corriente que siempre se formaba entre sus dos compañeras. No sin antes maldecir a Rayo Negro por lo bajo.

Entraron en aquella estancia iluminada por una tenue luz, completamente vacía a excepción de una larga mesa de reuniones en la que una oscura y finísima pantalla plana descansaba en el extremo

más alejado. Rayo Negro y Conor les esperaban de pie junto a dicha pantalla. Aidan, Yade y Will, en cambio, se habían sentado a la mesa.

Summer pudo sentir cómo los ojos de su enemigo se clavaban en ella al cruzar el umbral de la puerta, pero al sostenerle la mirada, este la apartó enseguida. Lo cual, inevitablemente, provocó que todos los pensamientos, preguntas y recuerdos que tanto se había forzado por ignorar en los tres meses que habían pasado desde su último encuentro acudieran a ella como una avalancha.

Y en cuestión de un segundo, todo aquello que no llegaba a comprender y tanto le frustraba pasó por su cabeza: el cambio de actitud de él, su última conversación...

El maldito beso.

Sin embargo, no era el momento. Apretó los dientes para contener las ganas de largarse de allí y fue a sentarse al lado de Aidan, evitando mirar al culpable de su irritación.

—Bien, esta es mi oferta... —anunció Rayo cuando todos se hubieron sentado, y pidiéndole a Conor el maletín que este portaba, lo colocó sobre la mesa para mostrar su contenido: varios montoncitos de billetes de doscientos euros colocados en perfecto orden—. Trescientos mil euros por adelantado, como pediste.

Excepto Aidan, todo el grupo parpadeó ante la visión de los billetes. De entre todo lo que podían haber esperado de aquel inesperado encuentro, que su rival fuera a ponerles un maletín lleno de dinero ante las narices ni siquiera entraba en la lista de posibilidades.

—Además de esto... —Rayo sacó del bolsillo interior de su chaqueta un sobre que le entregó a Aidan—. Son algunas concesiones más.

—Ah, sí. La tregua que me comentaste —se acordó este.

—Sí... Eh... ¿No se lo has contado? —preguntó al advertir que el resto del grupo los observaban de hito en hito.

—Quería dejarte a ti el honor —le sonrió Aidan.

—Ah, qué bien. —Rayo sonrió a su vez, pero con muchas menos ganas por enfrentarse a las miradas intrigadas de todos ellos—. De acuerdo... De todas maneras, quería explicaros la situación en persona.

—Pues venga, explica —le instó Summer.

Rayo Negro carraspeó.

—Veréis, hace poco recibimos un encargo bastante sencillo. Os lo explicaré con detalle si llegamos a un acuerdo, pero, de momento, lo que puedo deciros es que mandé a Irina y a Neon a que se ocuparan de ese trabajo. La investigación avanzaba de forma normal hasta que hace dos días... —su ceño se frunció en un gesto de preocupación— dejaron de dar señales.

Yade y Will fueron los únicos que parecieron conmoverse ante la noticia. El resto eran caras impasibles.

—Los hemos buscado por la zona donde estaban investigando, pero es complicado. Necesitamos infiltrarnos en el lugar para rastrearlo a fondo. Y por eso necesito vuestra colaboración —concluyó, mirándoles a todos hasta fijar la vista en Aidan.

—Esto ya es el colmo... —murmuró Akira—. Aidan, cada día te superas.

—Como le he dicho a vuestro jefe, no sólo pienso pagaros lo que me ha pedido —continuó Rayo—, sino que ofrezco también una tregua definitiva entre ambos bandos. Es decir, se acabó la competencia por mi parte. No aceptaré ningún trabajo relacionado con vosotros, incluso si se trata de uno que hayáis perdido.

Ante eso, las expresiones del grupo se debatieron entre la desconfianza y la incredulidad.

—Por supuesto, esto implica también que no habrá más enfrentamientos —subrayó el joven—. A no ser, claro, que sea en defensa propia. Y... ¿se me olvida algo? —preguntó dirigiéndose a Aidan, el cual iba repasando lo que estaba escrito en aquel papel.

—Sí, lo de las tarifas...

—Ah, sí. Vuestro jefe insiste en que si nos contratan más es porque somos más baratos. Así que igualaremos nuestras tarifas a las vuestras.

—Y lo de los móviles —añadió el aludido.

—Tarifas de teléfono gratis y terminales de última generación para todos cada año, cortesía de Adrax Comm.

Summer emitió un silbido de admiración.

—Joder, Aidan, poco más y consigues que te haga un favorcito... —soltó—. Oh, espera, no me digas que es lo que viene a continuación.

Rayo Negro contuvo las ganas de responder de malas maneras. Por mucho que le hubiera ofendido aquel comentario, no podía permitirse saltar a la mínima provocación y arriesgarse a perderlos. Eran su única baza si quería tener alguna posibilidad de encontrar a Neon e Irina pronto.

—Escuchad, no intento disimular lo desesperado que estoy. El tiempo corre y sólo puedo recurrir a vosotros. Pero eso sí, os debo aclarar una última cosa. —Volvió a mirarlos—. Si aceptáis, yo coordinaré la misión.

—De acuerdo, nos queda claro. Gracias, Rayo —intervino Aidan—. Y ahora, si nos permites, tenemos que hablarlo.

—Bien, os dejo a solas —dijo, e hizo una seña a Conor para que cogiera el maletín. Después ambos salieron de la sala y cerraron la puerta.

—Estará muy desesperado, pero no te creas que deja aquí el dinero, no vaya a ser... —comentó Will. Después, mirando a Aidan, le dijo—: Oye, jefe, ¿es tarde para incluir algunos canales de pago en ese pack?

Aidan ignoró la pregunta y, tras ponerse en pie, se dirigió a todos.

—Bueno, sé que se trata de un asunto muy delicado, así que no me interpondré en vuestra decisión. Votadlo o lo que sea que prefiráis hacer.

—Tienes que estar de coña. En serio, no puedo creerlo, Aidan —saltó Akira con una afilada sonrisa que mediaba entre la decepción y el cabreo mayúsculo—. No puedo creer que nos estés preguntando si queremos trabajar no con ese cabrón, sino para ese cabrón... —bufó, meneando la cabeza—. Antes me corto los hue...

—Akira, te sugiero que lo pienses —le dijo Aidan en tono reconciliador—. Si queremos librarnos de ellos, lo mejor es aceptar y poder optar a la tregua que nos ofrece Rayo. En general, su trato me parece...

—¡No, joder! —Harto de todo aquello, el mercenario interrumpió a su jefe dando un sonoro golpe en la mesa—. Yo no voy a hacerlo y me da igual cómo te pongas. Que le jodan y se solucione el problema él solito. A lo mejor con suerte desaparece él también... —Y volviéndose hacia Summer, buscó el apoyo de esta—. Tú estás conmigo, ¿no?

Pero, sin mediar palabra, la joven se levantó de la silla y salió de la habitación dejando a sus compañeros confusos. El ruido que provocó al cerrar de nuevo la puerta alertó a Rayo, que estaba en ese

momento hablando con Conor. Summer apreció cierta inquietud en su mirada cuando se acercó a él.

—Quiero hablar contigo —le dijo, y al ver que Rayo le pedía a su empleado que les dejara a solas, añadió—: No hace falta, va a ser rápido.

—Te escucho —contestó él, preparándose para recibir esa negativa que sabía que iba a llegar de la forma más cruel posible. Desde que se había visto contra las cuerdas en aquel asunto y se le había ocurrido la idea de acudir a sus rivales, había temido que ellos no sólo se negaran, sino que hicieran escarnio de su desgracia. Sin embargo, no iba a permitir que el orgullo le arrebatara la mejor opción de encontrar a sus compañeros.

Había puesto todas las cartas sobre la mesa. Si no funcionaba, trataría de conservar la dignidad y tragarse las consecuencias de más de un año de hostilidades y enfrentamientos.

—Necesito saber algo, con un *sí* o un *no* me vale. No quiero putos detalles, ¿entiendes? —declaró Summer.

Aquello le pilló de improviso. Estaba muy lejos del «vete a tomar por el culo» que esperaba oír. Aunque era pronto para respirar aliviado, pues aquella petición, en el fondo, le inquietaba incluso más que cualquier negativa o insulto que pudiera imaginar.

Y, aun así, contestó:

—De acuerdo.

—La última vez que nos vimos, la noche de las Madrigueras —comenzó la joven, provocando que su nerviosismo se disparara al recordar la noche en cuestión.

Concretamente, el momento en que ella estalló revelándole lo profundas que eran las heridas que él mismo le había hecho. Pero lo más importante era que se había dado cuenta de que él y sólo él era el culpable



de que hasta entonces su relación hubiera ido por el camino de la enemistad, que había sido el principal instigador que la había empujado hasta traspasar las fronteras del odio. Y ahora que había descubierto sus sentimientos hacia ella, lamentaba con toda su alma encontrarse en aquella situación...

Absolutamente perdido y sin la más mínima esperanza de que algún día pudieran empezar de nuevo.

—¿Fuiste tú quien me sacó del agua?

Ahí estaba, la ansiada pregunta. Una velada forma de saber hasta qué punto estaba en deuda con él que no le pasó inadvertida. En realidad, ambos le debían la vida al Domine, pero ella había dejado claro que no quería detalles, así que no dudó en aprovechar tal circunstancia.

—Sí.

Leyó en su ceño fruncido que no le había agradado la respuesta. Pero Summer no dijo nada más. La vio volverse y regresar con sus compañeros.



—Gracias por recibirnos, señor director.

Entraron en aquel despacho, abarrotado de libros, trofeos y un montón de recuerdos pertenecientes a un señor ya entrado en años como era el director Olivier. El hombre les invitó a que tomaran asiento frente a su escritorio y, después, él hizo lo mismo, acomodándose en su sillón reclinable.

—De modo, señor Rivers, que esta encantadora señorita es su hija —dijo, mirando a la chica sentada frente a él.

—Sí, señor. Le presento a mi hija Sandra.

—Encantada —saludó ella.

—Aquí pone que tienes dieciséis años, ¿no, Sandra? ¿Estás en último curso? —preguntó el director tras ojear los papeles que había en la mesa.

—Así es, señor.

—Bien... La verdad es que ya está todo preparado para el traslado, pero... —Olivier alzó los ojos hasta el padre de la chica—. Antes de eso, me gustaría saber la razón por la cual cambia a su hija con el curso ya empezado. ¿No habría sido mejor dejar que terminase los estudios en su otro colegio?

Zoe miró al hombre que tenía al lado y que se estaba haciendo pasar por su padre, intrigada por cómo actuaría, ya que jamás había tenido la oportunidad de verle en acción. Pero, como había supuesto, Aidan contestó con naturalidad, desenvolviéndose en su papel como si lo llevara haciendo toda su vida:

—Creía que ya estaba todo acordado, señor Olivier. Incluso ha aceptado la donación que les he hecho con tanta amabilidad.

—Oh, no se preocupe por eso, señor Rivers. Se la devolveremos si quiere —respondió el director, y en sus ojillos astutos parapetados detrás de aquellas gafas se podía leer claramente que aún podía cambiar de parecer y quedarse tan tranquilo—. Es sólo que siempre miro por el bien de los chicos y, siendo el último de curso de Sandra, lo mejor sería que se graduara en su antiguo colegio.

—Pero yo... —trató de hablar ella, pero su jefe la detuvo poniéndole una mano sobre la suya.

—Es muy simple. Como le dije, mi mujer y yo nos hemos mudado a Adrax desde Boston y, por supuesto, no podemos estar separados tanto tiempo de nuestra querida hija —explicó Aidan, y acarició con suavidad la mejilla de Zoe.

La chica no pudo más que reconocer que su jefe también sabía mentir muy bien. De hecho, mentir era algo que sus compañeros hacían con una facilidad pasmosa. En cambio, a ella le costaba un gran esfuerzo. Aunque sin llegar al extremo de Yade, que parecía tener nula capacidad para ello.

El director entrecruzó sus manos mientras les observaba a ambos.

—Pero, al fin y al cabo, esto es un internado; tampoco es que vaya a poder ver a su hija muy a menudo.

Aidan suspiró, inclinó la cabeza y miró a Zoe.

—Sandra, ¿te importa esperar fuera un momento?

—Claro —contestó enseguida, pese a que la petición le sorprendió un poco. Salió del despacho y se encontró de nuevo en la sala de espera ante la mirada imperturbable de la secretaria del señor Olivier.

Al cabo de unos minutos, empezaba a preguntarse qué estaría ocurriendo en aquella habitación cuando la puerta se abrió, y tanto Aidan como el director salieron del despacho, sonrientes y estrechándose la mano.

—No se preocupe, señor Rivers. Aquí cuidaremos bien de ella, se lo aseguro —decía el hombre.

—Muchísimas gracias —respondía Aidan.

Entonces los ojos del señor Olivier se encontraron con los suyos, y Zoe percibió en aquel rostro arrugado una mezcla de lástima y conmoción a partes iguales.

«A saber qué le habrá contado».

—Susan, que alguien recoja el equipaje de la señorita y lo lleve a su habitación —le pidió el director a la secretaria.

—Claro, señor. ¿Quiere que me encargue de enseñarle las instalaciones? —se ofreció la mujer.

—No, yo mismo lo haré —contestó, y alargó una mano para indicarles la salida—. Acompañenme, por favor.

Cuando llegaron al amplio y lujoso recibidor de estilo clásico, Aidan se despidió de ellos.

—Bueno, yo debo irme ya. Señor Olivier, ha sido un placer. —Le estrechó otra vez la mano y luego se volvió hacia Zoe—. Adiós, cariño. Pórtate bien. —Le dio un beso en la mejilla y un abrazo con un tinte algo melodramático.

Tras la despedida, Zoe siguió a Olivier en su ruta hacia el pabellón dedicado a las habitaciones de las alumnas. El hombre fue explicando la disposición y utilidad de unos edificios que ella ya se había aprendido de memoria. Después, empezó a enumerarle las normas más importantes y, por último, se le llenó la boca de orgullo hablando de los logros que algunos antiguos alumnos habían conseguido.

—Es una pena que no hayas sido alumna nuestra desde el principio, Sandra —comentó—. Tus calificaciones son extraordinarias.

«Sí, y falsas», pensó. Aunque la verdad es que siempre se le dio bien estudiar.

Se detuvieron nada más entrar en el pabellón de alumnas, cuando una mujer cargada con unas cajas les salió al paso.

—Oh, señor Olivier. Buenos días —dijo la mujer, dejando las cajas sobre una mesa y mirando a Zoe con ojos curiosos—. ¿Es la nueva alumna?

—Sí, María. Ella es Sandra Rivers. ¿Puedes acompañarla a su habitación?

—Por supuesto —sonrió la mujer.

—Sandra, ella es María, la supervisora del ala de alumnas. Para cualquier asunto sobre la habitación o cualquier cosa que necesites, acude a ella o al bedel.

Zoe asintió y el hombre volvió a mirarla con esa cara compasiva de antes mientras le ponía una mano en el hombro.

—Sandra, no te preocupes, enseguida te encontrarás a gusto aquí. Este es un colegio muy decente. Aquí no permitimos que pasen ciertas cosas. Y si tienes algún problema, no dudes en venir a verme, ¿de acuerdo?

Zoe titubeó, reafirmando en lo que había pensado antes sobre Aidan. Desde luego, no tenía ni idea de qué le habría contado a aquel pobre hombre, pero se lo había tragado por completo.

—Sí, señor.

—De acuerdo, pues ya nos veremos. Ha sido un placer.

El director se despidió con una sonrisa y tomó el camino de vuelta a su despacho. Zoe se quedó a solas con María, quien la llevó hasta su habitación y le recordó de nuevo las normas sobre el uso de las instalaciones. Como ya estaba aburrida de normas, Zoe se permitió dejar vagar sus pensamientos y, aprovechando que recorrían el pasillo de la primera planta, echó un vistazo por las ventanas que daban al patio exterior. Había un parque con un bonito jardín, rodeado del resto de edificios que constituían aquel internado.

Aunque aquel lugar no se parecía en nada a los otros colegios donde ella había estudiado, al ver a los alumnos allí, enfrascados en sus libros o en sus conversaciones, le invadió cierto aire nostálgico.

«El instituto».

Ella no llegó a terminarlo. Poco importó si era buena o si era mala... Simplemente, no pudo seguir.

«Maldita sea, ¿cómo he acabado metida en este lío?», se preguntó, aunque sabía muy bien la respuesta, siempre solía ser la misma.

Summer.

Ella y Aidan tenían facilidad para acabar saliéndose con la suya. Si encima se ponían de acuerdo en algo, podían mover montañas.

Pero en esta ocasión lo que le intrigaba no era el cómo, sino el porqué.

Recordaba el desconcierto que había sentido cuando Summer regresó a aquella pequeña habitación donde el grupo se había quedado deliberando la propuesta de Rayo y les dejó a todos boquiabiertos.

—Antes que nada, quiero dejar clara una cosa. —La vio encararse a Aidan con ese arrojo tan característico suyo—. La próxima vez que nos hagas una encerrona de estas, sobre todo si Rayo tiene algo que ver, no cuentes conmigo. Y me importará una mierda lo mucho que esté en juego el futuro del grupo o la vida de tu abuela... Lo digo en serio, Aidan, te dejaré tirado sin pensármelo.

—Y estarás en tu derecho —le concedió su jefe.

—¿Ves? —intervino Akira—. No soy el único que...

—Cállate, Akira —le cortó Summer, alzando la palma de la mano hacia él. El aludido se quedó tan confuso que obedeció sin protestar—. No he terminado... —Y a continuación dijo lo que nadie se esperaba—: Acepto el encargo.

—¿Qué?! —Tanto la propia Zoe como Akira reaccionaron a la vez, pero mientras que en su caso la exclamación fue de absoluta sorpresa, en el de su compañero alcanzaba cotas de indignación.

—Pero ¿tú qué te has fumado? —espetó el hombre a la par que hacía círculos con el dedo ante su sien—. ¿En serio vas a dejar que ese te dé ordenes?

—¿Ese es todo tu problema? Estate tranquilo, que no te va a pedir que le hagas un *striptease* —replicó burlona la joven.

—Eres la hostia, Summer.

—Y tú eres idiota si no te das cuenta de que le tenemos pillado por los huevos. Es él el que nos necesita, no podrá permitirse el lujo de ponerse gallito —señaló ella—. Piénsalo. Si te hubieran dicho que con un solo trabajo ibas a librarte por fin de ellos y, ya de paso, cobrar una pasta, ya hubieras firmado.

—No, no de esta manera —negó Akira. Los músculos de su mandíbula se tensaron de rabia.

En ese instante, Aidan interrumpió la discusión:

—Vale, como quieras. Nadie te obliga. ¿Los demás qué habéis decidido?

Mientras Will y Yade accedían a participar en la misión, Zoe contempló la decepción reflejada en el rostro de su robusto compañero. En parte se sentía contagiada del mismo sentimiento. Le entendía muy bien. Quizás era, de todos, quien más le había visto sufrir el tiempo que había pasado lesionado, había sido testigo del miedo y rencor que sentía hacia Rayo Negro. Aunque no compartía estos sentimientos con la misma intensidad. Sin embargo, al igual que Akira, estaba convencida de que, en cuanto a odio, Summer le llevaba ventaja. Por esa razón se había quedado igual de atónita ante su decisión, por eso comprendía que su amigo se sintiese traicionado.

Y de ahí que se odiara a sí misma por lo que se disponía a hacer.

—Yo también acepto —dijo cuando llegó su turno, evitando mirarle. No se creía capaz de sostener su desengaño. Sólo esperaba que, cuando se le pasase el enfado, Akira comprendiera que había escogido la opción más beneficiosa para el grupo.

—Lo siento, Akira. La mayoría manda —le advirtió Aidan—. Tú puedes quedarte fuera si quieres, pero ten en cuenta que no recibirás beneficios.

—Me la suda. Haced lo que queráis —másculló, y se cruzó de brazos.

Mientras Akira se sumía en un mutis, Aidan llamó a Rayo Negro. En cuanto este y Conor volvieron a la habitación, les dio la noticia.

—Aceptamos.

Zoe pudo ver que Rayo abría un poco más los ojos ante la decisión y miraba fugazmente a Summer, que había vuelto a tomar asiento. Era lógico. Si incluso a ellos les había sorprendido, cómo no iba a extrañarle a él, su rival.

—Puedes contar con todos nosotros, salvo con Akira, que ya está ocupado con otro trabajo —mintió Aidan—. Espero que no sea inconveniente.

Por la expresión que puso Rayo, era poco probable que se hubiera tragado aquella excusa, y menos aún después del bufido que emitió Akira, pero no pareció darle importancia.

—De acuerdo —contestó Rayo Negro, y preguntó a continuación—: ¿Empezamos?

Aidan le instó con un gesto antes de sentarse junto al resto del grupo. Rayo encendió la pantalla que había al fondo de la habitación y la sincronizó con su móvil. En cuestión de segundos, la foto de un

hombre de mediana edad, con ligero sobrepeso y unas pronunciadas entradas, se mostró en la pantalla.

—Como os comentaba antes, a principios de mes recibimos el encargo de este hombre: Carlos Berri. Quizá le conozcáis por ser dueño de varios negocios en el sector turismo y tener una fortuna considerable.

—Pues claro, el amigo Carlos, juego con él al golf todos los domingos —bromeó Summer con cierta inquina.

Y aunque Rayo no replicó, lo cual era lo más sensato en su situación, Zoe advirtió un detalle que le llamó la atención. Siempre había visto a esos dos manifestar su desdén con miradas fulminantes que eran capaces de sostenerse el uno al otro sin titubear; en cambio, ahora parecían estar evitándose.

—Eh... El señor Berri nos pidió que investigásemos la desaparición de su hija: Silvia Berri, dieciséis años, estudiante del internado de enseñanza secundaria Nueva Esperanza —continuó Rayo, dando paso a una foto de la chica en cuestión: morena, delgada, una adolescente normal y corriente—. Desapareció mientras estaba en dicho colegio a finales del curso pasado, hace cuatro meses. La policía se creyó sin reservas la información que les dio el cuerpo privado de seguridad del internado y lo declararon un caso de fuga.

—Y me imagino que el señor Berri no está para nada de acuerdo —comentó Aidan.

—Más bien no. El padre está convencido de que alguien preparó las pruebas y que raptó a su hija. Por eso acudió a nosotros. El tipo insistía en que las últimas veces que vio a su hija estaba muy rara, que tenía miedo de algo relacionado con el internado, pero no llegó a sacarle nada en claro.

—Ahora entiendo por qué te tomaste el encargo tan la ligera —volvió a hablar Aidan.

—Un poco, lo admito. Todo apuntaba a que era un acto desesperado del señor Berri. Pensé que era suficiente con mandar a Neon e Irina... —dijo mientras miraba a la pantalla donde ahora aparecía la imagen del edificio principal del internado—. No me esperaba que acabase ocurriendo esto.

—Jefe... —Conor trató de infundirle ánimos al ver que se había quedado callado.

—Bien, al grano. Llevaban una semana trabajando y no habían conseguido gran cosa. Este es el último mensaje que recibí de ellos. —Reprodujo la grabación y todos pudieron escuchar la voz de Neon sonando a través de los altavoces.

—Rayo, buenas noticias. Nos estamos acercando —decía este—. Hemos descubierto que a lo largo del año se celebran unas fiestas privadas que, según los alumnos, son muy especiales y es muy difícil conseguir que te inviten. Todavía no sabemos quién las organiza, pero sí que Silvia acudió a algunas. Estamos intentando averiguar más, pero es curioso, no muchos alumnos conocen esas fiestas o, si lo hacen, guardan bien el secreto... Bueno, eso es todo. Te llamaré mañana.

—Jo, macho, ¿ni siquiera les cogías las llamadas? —se sorprendió Will.

—Sólo fue esa vez —se defendió Rayo—. Por desgracia, fue la última.

—Bien, ¿qué plan tienes? —preguntó Aidan—. Tendremos que infiltrarnos en ese colegio.

—Un momento, no jodas que vamos a tener que ponernos ese estúpido uniforme y andar rodeados de críos —interrumpió Summer,

señalando la foto de la pantalla: una vista de la entrada del edificio principal donde aparecían algunas alumnas vestidas con la clásica falda de tablas por encima de las rodillas con estampado de cuadros y camisa blanca bajo una chaqueta de punto verde esmeralda.

A Rayo se le escapó una media sonrisa, pero negó con la cabeza.

—No todos, obviamente —contestó—. Nos infiltraremos en diversas áreas, así podremos controlarlo todo: alumnos, profesorado, instalaciones...

—¿Tantas vacantes hay en ese colegio? —preguntó Aidan.

—Sí, no hay problema. Aparte de las que han dejado libres Irina y Neon, he sobornado a algunos empleados más para que se quiten de en medio y al departamento de recursos humanos.

Akira sonrió irónicamente y musitó:

—Será cabrón. Ya estaba seguro de que aceptaríamos.

—No, Akira. No tenía ni idea —le aclaró—. Pero, en caso de que aceptaseis, quería tenerlo todo preparado para ponernos a trabajar cuanto antes. Me daba igual arriesgar ese dinero.

El joven volvió a cerrar la boca y miró hacia otro lado.

—En resumen, todos tenemos plaza en el colegio, pero uno de vosotros va a ser la pieza clave de esta misión —continuó Rayo. Y, en el mismo instante que decía estas palabras, Zoe comprobó con cierta inquietud que sus ojos se posaban en ella.